

TULIO LAGOS VALENZUELA

LA DICOTOMIA CAMPO-CIUDAD EN LA REALIDAD CHILENA

COMPLEJIDAD de la problemática y criterio selectivo. El análisis de las sociedades en desarrollo industrial¹ ofrece una vastísima problemática. Impone, por lo pronto, dos exigencias previas: determinar si la sociedad sobre la cual recae el enfoque sociológico ostenta esa particular característica y, en seguida, seleccionar algunos puntos concretos para dirigir la investigación, ante la dificultad de abarcar todos y cada uno de los aspectos que ella presenta².

Conscientes, pues, de la vastedad temática, circunscribiéndonos al caso de Chile, puede sostenerse con fundamentos reales que es un país en desarrollo industrial que, aunque incipiente y tecnológicamente rezagado, cae dentro de esta denominación genérica en el área latinoamericana, lo mismo que Argentina, Brasil y México.

Este proceso de industrialización permite enfrentar dos realidades paralelas, el campo y la ciudad; la aldea y la urbe; la vida rural y la vida urbana con todas las consecuencias sociológicas que esta confrontación implica, entre las que se destacan las disímiles condiciones de existencia, en uno y otro nivel³.

En el plano de la sociología teórica, semejante bifurcación con todo su cortejo de relaciones interindividuales y formas específicas de vivir y convivir, ha dado origen —como sabemos— a la *sociología rural* y a la *sociología urbana*, que cuentan con connotados representantes en todas partes del mundo⁴.

La ecuación rural-urbana en Chile. Una simple comprobación de hecho permite aseverar que todos los países de Latinoamérica, cual más cual menos, presentan una fisonomía agraria que supervive hasta hoy, heredada de viejas estructuras latifundísticas de entronque colonial. Claro está que en el decurso del tiempo, a tono con las exigencias modernas, el rostro telúrico añoso, está hoy día recubierto en varios países por tendencias reformadoras y una política de parce-

lación y colonización, que tiende a innovar en el régimen de tenencia de la tierra, haciéndolo menos exclusivista y riguroso⁵.

Con todo, la mayoría de la población de la América morena mantiene el carácter de población rural, porque vive y labora en el agro, en forma dispersa o congregándose rudimentariamente en caseríos, villorrios, aldeas y pequeños núcleos poblados⁶. Desde la época de la Conquista, pasando por la Colonia y hasta después de ciento veinte años de vida independiente, nuestro país reúne la mayoría de su población en los medios rurales. Sólo a partir de 1930 la ecuación campo-ciudad, cede demográficamente en favor de esta última⁷ con ritmo paulatino y creciente acompañado de efectos sociales sobremanera significativos.

Sencillos guarismos, en cifras redondeadas para su mejor comprensión, indican que en 1865 más del 70% del millón 800 mil habitantes de entonces, tenía el carácter de población rural. En 1930 entre cuatro millones 300 mil, se dividen casi por mitad. Después de 1960 se calcula⁸ que poco menos del 30% de los ocho millones de habitantes actuales, forman la población rural chilena, siendo por consiguiente la gran mayoría, población urbana.

Piénsese, que no se trata simplemente de mero agrupamiento cuantitativo humano ni de rígidos determinismos geográficos. Sociológicamente la existencia en el campo o la ciudad, su radicación o desenvolvimiento, se traduce en *estilos o formas de vida*, con matices diferenciales. Por eso es que, entre nosotros, el fenómeno de concentración masiva en centros mineros, plantas de elaboración metalúrgica, usinas o centrales de fuerza motriz, se identifican más con la vida de la ciudad que con la convivencia aldeana o campesina.

El proceso industrial como determinante explicativa del cambio. Entre las razones que justifican el fenómeno del extraordinario crecimiento urbano que, en pocas décadas, transforman la fisonomía entera del país, aparece el desarrollo de la industria con ímpetu avasallador mientras que la agricultura, cuya época de oro estuvo en el siglo XIX, continúa su lenta evolución sobre moldes, sino arcaicos, por lo menos técnica y racionalmente retrasados⁹.

Interesa en especial trazar el ritmo del crecimiento de la industria entre nosotros. Puesto que en la sociedad nada se produce por azar es útil referirse en apretada síntesis a las causas que explican este fenómeno en la concreta realidad dinámica.

Desde luego llama la atención la serie de *factores negativos* que conspiran contra el desarrollo industrial, que han debido ser anulados o neutralizados y que constituyen el reverso de los *factores po-*

sitivos que se han debido descubrir, estimular y posteriormente, someter a una relativa planificación.

Para nadie es un misterio que en un comienzo prevalecieron las condiciones adversas para que Chile se abriera al proceso de industrialización. Se trata del territorio más austral del orbe, de un país que estuvo en un natural aislamiento con respecto a sus congéneres; de una modalidad casi insular. A esto hay que añadir la dislocada geografía de quienes viven entre una altísima cordillera y la vastedad del océano; el atraso cultural y su precario nivel técnico junto a la gravitación regresiva del latifundio, de los intereses foráneos y de las ideas reacias a toda innovación sustancial.

Sin embargo, la toma de conciencia de esta situación por parte de algunas minorías progresistas y selectas de la sociedad, el desarrollo de la educación, de las opiniones liberales y de avanzada social, el auge del comercio y medios de transporte, el aprovechamiento cada vez más intensivo de la ingente riqueza minera, contribuyen a determinar que aquellos mismos factores adversos, poco a poco se tornen favorables para encaminar al país por los senderos del industrialismo, fenómeno que es evidente en los últimos veinticinco años. Todo esto habría sido insuficiente de no contarse con la participación activa en el plano económico, social, educacional y sindical de las *clases medias* o estratos intermedios de la sociedad que entre nosotros es hija de la Universidad y del Liceo, de las escuelas técnicas y especializadas, del comercio, la industria y otras actividades nacionales. Decisiva importancia asume en el presente siglo la insurgencia activa y militante de una *clase obrera* organizada política y sindicalmente, apegada a las formas democráticas y a los cánones de la legalidad.

No obstante los factores exógenos sociales y culturales habrían resultado acaso insuficientes si Chile no contara con fuentes de riqueza natural que lo predisponen a la industrialización. Produce cobre, hierro, carbón, madera. En el filo de los Andes hay abundantes caídas de agua que, aunque parcialmente explotadas, permiten en los últimos lustros la instalación de numerosas plantas hidroeléctricas. Considérese, además, que el elemento humano que acciona las máquinas a pesar de sus deficientes niveles de vida por la merma del poder adquisitivo de los salarios, revela aptitudes psicológicas que —a juicio de propios y extraños—, le permiten asimilar el manejo y utilización de las técnicas modernas, aun de las más adelantadas. El obrero chileno demuestra ponderables condiciones de inteligencia.

Por eso es válida la afirmación de que en nuestro país el incipiente proceso de industrialización, que a pesar de su impulso nos mantiene, guardando las proporciones, más de medio siglo atrasados

con respecto a USA y sus medios materiales, es fruto en Chile de la feliz confluencia de elementos naturales y humanos que permiten perseverar en esta ruta.

Mientras la industria del salitre constituyó el principal aliento de la riqueza nacional y el rubro dominante de los ingresos públicos, no hubo mayor interés ni entre los gobernantes ni entre los particulares, por incrementar la industria propia a base de la producción fabril o manufacturera. Entonces bastaba con la minería; todo provenía del extranjero desde las telas hasta las conservas. La industria fabril, semipesada y liviana, exhibe montos que no alteran las características agrarias o meramente extractivas de la riqueza de la Nación.

A partir de 1920, el desequilibrio de la balanza de pagos, la merma de los fondos del erario, el auge paulatino y creciente de la población y de las necesidades colectivas, el desplazamiento del poder político desde los sectores aristocráticos hacia una cada vez más robusta clase media y popular, que emerge al escenario histórico y hace oír pública y organizadamente sus demandas, se convierten en síntomas auspiciosos de los cambios económicos, sociales y culturales.

Esto cristaliza, en forma acentuada, con visión de futuro e intención planificadora a través de la acción de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), delineada en 1938 por el Presidente Aguirre Cerda y hecha realidad en 1940, organismo que interpretó las reales urgencias de la colectividad y en especial de sus capas populares.

Desde entonces hasta ahora, con los vaivenes propios de las economías que viven alimentadas con empréstitos extranjeros, el ritmo del desenvolvimiento industrial en Chile ha *crecido cuantitativamente* y se ha diversificado *cualitativamente*. Y no podía ser de otra manera en una sociedad con fundamentos geográficos, económicos y humanos altamente propicios que plantean, sin embargo, severas interrogantes a los estudiosos.

Obsérvese, con preocupación, que el crecimiento demográfico chileno es del orden del 2,5% al año, lo que hizo que entre 1952 y 1960, nuestra población creciera en 1.400.000 habitantes. Esta auténtica *explosión demográfica* tiene la particularidad de que en un 65% se concentra en las provincias de Santiago, Valparaíso y Concepción y sólo el resto se reparte entre las 22 provincias restantes. Por eso un destacado catedrático de Geografía Humana se pregunta ¿en qué trabajará en el futuro la *nueva ola*?¹⁰.

Situación presente: crecimiento urbano y éxodo rural. Presionada por las circunstancias la sociedad chilena, consciente o inconscientemente, ha vuelto sus ojos hacia un porvenir industrial¹¹.

En este plano, rota ya definitivamente la correlación campo-ciudad en favor de esta última, se observa un crecimiento desmesurado, casi elefantiásico, de algunas ciudades chilenas (Santiago, Valparaíso, Concepción, Osorno), a tono con los índices de crecimiento general de la población y su desarrollo industrial. No obstante, ni el factor demográfico ni este aspecto productivo, están homogéneamente distribuidas a lo largo del territorio chileno. Industrias importantes funcionan más cerca de los centros o yacimientos de sus respectivas materias primas que de los mercados de consumo de los productos ya elaborados¹².

Quédanos por averiguar: ¿en qué medida y por qué razones sociológicas el desarrollo urbano se produce entre nosotros a expensas de la despoblación del agro?

A falta de estudios completos y, como meras hipótesis de trabajo sujetas a comprobación empírica mediante estadísticas e investigaciones ulteriores, es dable adelantar:

A. El cambio social chileno, que implica migraciones internas o desplazamientos voluntarios masivos, se opera del campo a la ciudad, del mismo modo, aunque con diversos ritmos de lo que sucedió en los países europeos en siglos pretéritos.

B. Entre otras razones, este fenómeno se explica, porque el viejo continente es la cuna de la *Revolución Industrial*, con todas sus consecuencias (sociales, económicas, culturales), donde lleva centurias de vigor. Latinoamérica, en cambio, se aferró con rezago histórico de un siglo, al vagón de cola del progreso tecnológico.

C. En Chile, país joven, pequeño, con relativa uniformidad tipológica, sin grandes problemas para que el elemento humano se adapte al medio natural en cualquiera parte que se habite, hay una acentuadísima tendencia a congregarse en algunas grandes ciudades de la región central, por razones significativas que se procura resumir.

Motivos de atracción de las grandes ciudades: formas de vida urbana. El auge minero, fabril e industrial cuyo proceso reseñamos contribuye a que Santiago así como contadas capitales de provincia y en otros tiempos algunos centros mineros de extracción del salitre, hayan absorbido o estén actualmente concentrando una parte considerable de la población total de Chile.

Prescindiendo de razones que en el pasado atrajeron a las multitudes hacia la zona norte del país hoy cabe subrayar los incentivos que determinan la concentración demográfica en algunas grandes ciudades. Estas son:

1. *Razones económicas* fundadas en el hecho indiscutible de que la industria y el comercio pagan mejores salarios que la agricultura,

circunstancia que es común en casi todo tipo de sociedades modernas.

2. En cuanto a las *expectativas de carácter administrativo o burocrático*¹³, en la urbe hay más posibilidades de ascenso por méritos efectivos o aparentes. Se establece una proximidad directa con organismos, directivas partidarias, "grupos de presión" personajes y correligionarios influyentes, con poder o autoridad que son decisivos en la provisión y promoción de cargos públicos y particulares. En las grandes ciudades residen los dirigentes de las instituciones, ministerios, bancos, direcciones generales, oficinas y firmas importantes¹⁴.

3. Vinculado a lo económico, pero con determinantes anímicos que en nuestro pueblo son muy poderosos, está la posibilidad de *cambio ocupacional*¹⁵. En el campo la *naturaleza* hace sentir su imperio; los *factores culturales modernos* llegan solo ocasionalmente a perturbar la placidez bucólica de quienes viven lejos "del mundanal ruido".

El campesino y su núcleo familiar, con sus viviendas a menudo misérrimas, situadas en puntos aislados o junto a los caminos, case-ríos o aldeas, es una especie de apéndice de la naturaleza. Está sujeto, en su sustento diario, al ritmo periódico de productividad y a las alternativas meteorológicas que caracterizan las actividades agropecuarias. Converge hacia ellas desde niño, en forma espontánea, por un imperativo del medio ambiente que ha moldeado la tradición secular y las costumbres sociales del grupo.

De consiguiente el predominio del *factor naturaleza*, el apego a la rutina y a las tendencias conservadoras, hacen que al habitante rural le sea poco menos que imposible vivir de otro trabajo ajeno a la agricultura u oficios artesanales o mecánicos vinculados a esta actividad nutricia y sus derivados inmediatos.

No ocurre lo mismo en las grandes ciudades: si no se está a gusto en un trabajo se busca otro¹⁶. Variar de empleo es común entre los obreros chilenos no especializados, que son los que forman la mayoría. Sin embargo, hoy por hoy la industria moderna exige idoneidad y experiencia, prefiriendo a los *obreros calificados*. Incluso ya no se habla de una *mano de obra cualquiera*, sino de una *mano de obra especializada o calificada*.

4. Entre los incentivos de orden *cultural y sanitario*, que quebran-tan la ecuación campo-ciudad en Chile en favor de la urbe, se cuentan las mayores y mejores posibilidades de educación y de conservación o restablecimiento de la salud que ofrecen las grandes ciudades si se las compara con los pueblos chicos y medios rurales, donde escasean escuelas, hospitales, bibliotecas, periódicos, etc.¹⁷.

5. *Las motivaciones psicológicas* no pueden ser omitidas¹⁸:

a) En los campos y aldeas los espectáculos, fiestas y recreaciones

son esporádicas¹⁹. En cambio en la gran ciudad en materia de diversiones y paseos el ambiente es siempre incitante, a veces deslumbrador. El cine, teatro y "boite"; el deporte en grandes escenarios; la radio y la televisión; la colmena de vehículos; la subyugante atracción de miles de avisos luminosos; exposiciones, cursos, conferencias, etc. La facilidad de conocer, aunque sea desde lejos, a los miembros y personajes del gobierno, "astros", "campeones y estrellas", obran también como poderosos imanes en los distintos estratos sociales de la población rural que motivan o justifican su traslado a las urbes;

b) Las seguridades de *buen trato* y de cumplimiento de las *leyes sociales*, suelen ser cosa normal en las grandes empresas industriales, comerciales, y en general en las múltiples actividades urbanas, particularmente si están respaldadas por contratos individuales o colectivos de trabajo y por el apoyo de las organizaciones sindicales o gremiales. A este respecto, el *espíritu de asociación* se muestra más débil en el campo, no sólo por el individualismo propio de la vida rural, sino por las dificultades prácticas que impiden la expansión de los *vínculos asociativos*²⁰;

c) La sensación de *libertad* por menor *control social*. Sabido es que en las grandes urbes, llamadas con propiedad *ciudades tentaculares*, se advierte un estrecho vivir y convivir en departamentos, colectivos y poblaciones²¹. Los lugares de trabajo están a menudo distantes e imponen la necesidad de desplazarse a toda hora particularmente al empezar y terminar la jornada que proporciona el sustento diario. El hacinamiento y la extensión del radio urbano, la congestión de personas y vehículos la evidencia de plétora, de lleno "propia de la moderna" *sociedad de masas*, crea en el hombre actual —paradójicamente— una gran sensación de libertad, de despersonalización, de anonimato, de "vive cómo quieras". En la gran ciudad, bullente y cosmopolita, trasladarse a otro sector, a otro barrio, ir al "centro" es como hacer un largo viaje, es deambular a veces donde nadie conoce a nadie. Se puede caminar solo o acompañado, vestido de cualquier manera, darse una expansión desusada. Queda atrás como una mala pesadilla el *control social*, severo, rígido del ambiente aldeano y pueblerino con sus preocupaciones por el prójimo y sus murmuraciones aun por asuntos nimios²².

6. *Sentido de la migración interna*. El compás de los desplazamientos masivos indica que va del campo a la ciudad; de la agricultura a los oficios menores y a la industria.

Es frecuente que el campesino adulto o viejo se apegue al terruño, a la aldea, al pueblo natal. Ocasionalmente se radica en la gran ciudad como ha ocurrido en Chile a raíz de los grandes sismos acae-

cidos en 1939 y 1960, sólo cuando tiene parientes en ella, lo que le asegura la satisfacción de sus necesidades primarias y le da tiempo para encontrar trabajo.

Los hijos de los campesinos y aldeanos, en cambio se trasladan a la urbe a una edad temprana. Si son varones es raro que vuelvan al medio rural después de haber cumplido con el Servicio Militar Obligatorio, o sea, alrededor de los veinte años. Tratándose de mujeres, el éxodo se produce a una edad más prematura aún y en dos etapas. Traspuesto el umbral de la pubertad las niñas van a las ciudades importantes más cercanas, al servicio doméstico; luego a las capitales de provincias a la misma actividad pero mejor remunerada o ingresan a las fábricas. Los hombres suelen repartirse entre los que se quedan de mozos, dependientes, empleados, mensajeros, y entre los que se dedican a obreros fabriles.

En el caso de que el hogar campesino cuente con recursos económicos medianos es frecuente también que los hijos prosigan estudios técnicos o especializados y tampoco vuelvan a radicarse al campo.

Conclusiones:

I. Chile es un típico país en desarrollo industrial, donde el crecimiento inusitado, en corto tiempo, de algunos grandes conglomerados urbanos, reconoce causas complejas de carácter económico, laboral, educacional, sicológico, local, etc., coincidente con el ritmo de aumento de la población y nuevas modalidades productivas:

II. La relativa despoblación del agro y más que nada la tendencia de las nuevas generaciones a concentrarse en unas pocas grandes ciudades, por razones de variada índole, impone la necesidad de encaminarse a reformas profundas, estructurales, de la sociedad chilena, reordenando la vida colectiva con criterio racional, técnico, con primacía de los intereses mayoritarios;

III. Se inscribe en el orden del día acelerar el ritmo de construcción de viviendas en las ciudades y en los campos, extendiendo a estos últimos los servicios y ventajas del urbanismo moderno;

IV. Paralelamente con ello impónese la necesidad de modificar el régimen de tenencia de la tierra, crear nuevas fuentes de riqueza y mercados, mecanizar la agricultura; difundir y diferenciar la educación en todos sus grados; establecer nuevos centros de abastecimiento y de salud; incrementar las vías de comunicación y medios de transporte, etc., con miras a elevar el standard de vida de los chilenos;

V. Sólo en convencimiento de que, pese a sus diversas formas de vida, hay una simbiosis entre la ciudad y el campo, una correlación

funcional y orgánica entre la agricultura y la industria, puede facilitar el ascenso de toda la colectividad a más altos niveles de vida;

VI. Corresponde a los sociólogos y estudiosos de las ciencias sociales "describir, comparar y explicar" los fenómenos de la compleja y cambiante realidad y compete a los estadistas, políticos, legisladores y reformadores, dar adecuada solución a los problemas que engendran las nuevas relaciones de convivencia.

NOTAS

¹El temario del xx Congreso del Instituto Internacional de Sociología, celebrado en Córdoba (Argentina), del 5 al 11 de septiembre de 1963, giró principalmente en torno a la "Sociología de las sociedades en desarrollo industrial". Un rubro específico versa sobre las relaciones "campo-ciudad". Esta comunicación corresponde a él.

²Catorce factores de contraste entre la vida rural y la vida urbana indica el catedrático Luis Recaséns Siches (*Tratado General de Sociología*; México, 1956. Hay edición posterior).

³Consúltese al profesor Astolfo Tapia Moore: *Diferentes condiciones de vida en la ciudad y el campo*, en la obra antológica *Diez años de Sociología Chilena*; Santiago, 1961.

⁴Para citar sólo algunos nombres: Lucio Mendieta y Núñez, mexicano; Lynn Smith, norteamericano; Daniel D. Vidart, uruguayo; Moisés Poblete Troncoso, chileno.

⁵Entre nosotros, a pesar de los esfuerzos por ignorarlo, el predominio del latifundio es evidente. Véase *Panorama de la vida rural en Chile*, por Ana María Barrenechea y Tulio Lagos Valenzuela, profesores de la Facultad de Arquitectura, en *Cuarto Congreso Latinoamericano de Sociología*, Santiago, 1957. Editado por la Sociedad Chilena del ramo.

⁶En Chile, la unidad básica es el *caserío* y la que le sigue en línea ascendente es la *aldea*; sus características hay que entenderlas siempre en función de la realidad concreta. En *sociología urbano-rural* hay que ser especialmente cuidadoso con el empleo de los términos. Así lo que en nuestro medio suele considerarse una *gran ciudad*, no lo es, por ejemplo, en USA.

⁷El proceso social chileno, con sus causas y efectos, están resumidos por el autor en *Diagrama económico-social de Chile*, trabajo presentado y discutido en el V Congreso Latinoamericano de Sociología de Montevideo, en 1959. Publicado en *Diez años de Sociología Chilena*.

⁸Los últimos censos nacionales se verificaron en 1952 y 1960; pero no han sido oficialmente aprobados por *ley de la República*, para tener vigencia como tales. La razón: por disponerlo la Constitución Política debe elegirse un diputado por cada 30 mil habitantes o fracción superior a 15 mil, cantidad que era apropiada para 1925, en que entró en vigor la Carta Fundamental; pero que ahora conduciría a un Congreso Nacional desmesurado, dado el crecimiento de la población que, en 1960, se estima en 7.340.000 habitantes.

⁹Recién se promulgó la Ley de

Reforma Agraria, acerca de cuyos resultados es prematuro pronunciarse.

En uno de los mejores textos modernos, nos referimos a la obra *Geografía de Chile*, del profesor universitario Pedro Cunill (1963), se anota: "Si la producción agrícola hubiera crecido convenientemente, no habría sido necesario utilizar sumas de millones de dólares para adquirir en el extranjero la carne y el trigo que el país está en condiciones de producir" (pág. 121).

¹⁰Ob. cit., págs. 72, 77 y 78.

¹¹Queda fuera, deliberadamente, de la discusión el asunto de si Chile podría "competir" con éxito en los centros del Mercado Común Latinoamericano, porque no se trata de plantear aquí hegemonías reales o eventuales, sino de trazar un *panorama sociológico*, descriptivo, comparativo y explicativo de realidades sociales ajenas a la competencia y a juicios de valor axiológicos.

¹²Esta aseveración es evidente, tratándose de *industrias extractivas o mineras*, como ocurrió durante el auge de la industria del salitre que creó en la *Pampa o Norte Grande* un nuevo tipo de convivencia. Hoy el hierro también es elaborado y convertido en acero en las grandes usinas de Huachipato; pero el cobre, sólo en mínima parte es elaborado en Chile.

¹³En nuestra realidad nacional e incluso latinoamericana el Estado es el "Gran Patrón". A sus expensas, para bien o para mal, casi todo el mundo tiende a procurarse el todo o parte de sus recursos y entradas con cargo al presupuesto.

En 1961, la *población activa* o trabajadora se calcula sólo en el 36,5% del total; la mayoría converge a los

empleos. En cuanto al número de personas: los *servicios públicos*, la *burocracia*, ocupa el primer lugar dentro de las actividades económicas; le sigue la agricultura, y luego la industria manufacturera. El comercio ocupa el cuarto lugar. (Cunill, ob. cit., pág. 77).

¹⁴Conviene no confundir la *empleomanía*, que es un mal endémico entre nosotros con la legítima aspiración a obtener un cargo o empleo para el cual se está debidamente preparado. El concepto *burocracia* también posee dos acepciones: en sentido peyorativo es papeleo inútil, tramitación, engorro documental y formal. En su recta intención, equivale a cargo administrativo honesta y diligentemente ejercitado; como tal es indispensable en toda *administración sea pública o privada*.

¹⁵⁻¹⁶Uno de los perfiles psicológicos de nuestro pueblo es su carácter aventurero, trashumante. Chilenos hay en todas partes del mundo en las más variadas y pintorescas ocupaciones. En el interior, en las grandes ciudades y pueblos importantes es frecuente encontrar una pléyade de *maestros* u operarios independientes que simulan "saberlo todo", sin que nada sepan a conciencia. Resabios de una pseudoartesanía rezagada, estos personajes gracias a la competencia y exigencias de la vida moderna, que demanda una especialización constante, trabajo planificado, técnico y en conjunto, están pasando a un segundo plano, con todo su cortejo anecdótico.

¹⁷La edificación escolar en los últimos años es encomiástica, tanto en la región destruida por los terremotos como en todo el país. Con todo, muchos establecimientos escolares, aun

de la Capital, funcionan a veces en condiciones materiales inadecuadas.

¹⁸La psicología del habitante rural y del urbano, ofrece características diferenciales muy notorias. No se trata de niveles de inteligencia. El hombre es producto de la herencia y del medio ambiente socio-cultural. La ciencia no acepta discriminaciones artificiales. Darwin le enseñó inglés a los indios de Tierra del Fuego. La educación, plasma el carácter del individuo. Las reacciones anímicas son más lentas en el habitante rural, porque el ritmo de la vida cósmica y humana también lo es. La mente del campesino aparece más apática si se la compara con la excitación y sobreexcitación del habitante de la urbe, urgido por toda clase de estímulos. Sin embargo, el entendimiento con su medio del hombre de campo, le permite afrontar en mejores condiciones las vicisitudes de orden natural.

¹⁹Felizmente quedan el "rodeo", la trilla, la vendimia y otras festividades, vinculadas a las actividades agropecuarias. Todo el pueblo participa en ellas poniendo en evidencia la osadía, gracia y picardía criollas. En un ambiente abigarrado el folklore luce sus mejores galas. Hay actos y conmemoraciones religiosas, como Santa Rosa, de Pelequén y San Sebastián, de Yumbel, donde

junto con "pagar mandas", el pueblo reza, hace penitencias y a la vez come, bebe, canta y baila "a lo divino y a lo humano".

²⁰La sindicalización campesina, aunque reconocida por la legislación del trabajo, no ha logrado ni el vigor ni la pujanza de los sindicatos industriales y profesionales de la ciudad.

²¹La estructura de las grandes y pequeñas ciudades chilenas de stirpe española, en su disposición física, se parece a un "tablero de ajedrez". A partir de la Plaza de Armas o Plaza Mayor, se concentra el *barrio cívico*, el centro comercial y bancario, los ministerios, bancos y sedes de las firmas más importantes. Luego están los *barrios residenciales*, ricos, medianos y pobres, con mansiones de lujo; refaccionadas o anticuadas casas de abode, teja o madera, según el paisaje; posteriormente, están los *suburbios* con habitaciones semidestruidas, de emergencia o viviendas "callampas", improvisadas, donde se emplean toda clase de materiales de deshecho.

²²La vida rural es pródiga en toda clase de preocupaciones por el prójimo. Nadie se libra de la murmuración intencionada: "que la fulanita sacó un vestido nuevo"; "que el patrón fue visto con una señora que no es la patrona"; "que el compadre anda orgulloso, porque vendió el trigo", etc.